

El paisaje agrario de Peñafiel a mediados del siglo XVIII

Carlos Calvo Alonso

EL VIAJERO

La calidad y detalle de los datos del Catastro de Ensenada y la benevolencia del lector nos permitirán hacer uso de recursos narrativos que ayuden a disimular la aridez de la exposición. Nos hemos inventado un viajero burgalés para que nos haga de guía en nuestro viaje al corazón del siglo XVIII peñafilelense, y lo hemos bautizado con un nombre que, como se podrá observar fácilmente, a nadie quiere hacer alusión.

Las licencias del texto no nos ahorrarán las necesarias referencias a los datos en que se basa nuestra colaboración. Para ello nos iremos apoyando en un listado de explicaciones que, más que un conjunto de notas a pie de página, podría considerarse un segundo cuerpo de referencias, complementario de la exposición. Dado el carácter fundamental de estas acotaciones, nos permitiremos olvidar el orden habitual de presentación de los contenidos y colocaremos el apartado de conclusiones al final del escrito.

LAS VISTAS

Pasada ya la hora de la siesta, don Jesús de Tejero y Solís, viajero burgalés, accedió a los patios del castillo aprovechando que el fuego y la incuria habían provocado el derrumbe de las puertas de la fortaleza (1).

Había llegado don Jesús a Peñafiel a primeras horas de una mañana fresca de finales de mayo; tuvo tiempo para tomar el pulso de la villa y lo encontró alterado por los preparativos de su feria anual de la Asunción y, sobre todo, por el curso de las indagaciones que conllevaba la elaboración de un catastro que impulsaba don Zenón de Somodevilla, marqués de la Ensenada y ministro de Hacienda de Su Majestad Fernando VI.



Don Zenón de Somodevilla, marqués de Ensenada, promotor del catastro que lleva su nombre

Era nuestro burgalés amante de las luces y, como tal, pensaba que el patriotismo se ejercía buscando el progreso de la nación y que ningún avance en este campo era posible sin orden, estudio y conocimiento. Es decir, don Jesús de Tejero y Solís era hombre de censos y catastros y veía con muy buenos ojos la gran encuesta que se estaba elaborando como paso previo para poner orden en el laberinto de las rentas provinciales de la Corona de Castilla, poco equitativas, embrolladas, fiscalmente ineficaces y fuente de innumerables corruptelas. Sabía que el marqués de la Ensenada se estaba basando en una experiencia llevada a cabo con éxito en Cataluña durante el primer tercio del siglo, pero no se hacía demasiadas ilusiones; barruntaba que lo que había sido aceptado a la fuerza por los catalanes después de una derrota encontra-

ría más resistencia entre las poderosas élites locales castellanas (2).

Inmerso en sus cavilaciones y trastabillándose algunas veces en los irregulares y oscuros escalones que llevaban a la azotea de la torre del homenaje del castillo, llegó don Jesús, corto de aliento, a lo más alto de la fortaleza. Un vientecillo que corría a esas horas y el paisaje que se ofrecía a su vista hicieron que controlara en parte el resuello y la fatiga. Abril y el mayo transcurrido habían sido medianamente lluviosos y el campo estaba que daba gloria verlo.



(foto C. Calvo)

A sus pies, metido casi entero entre murallas, trepaba, desde la ribera del Duratón, el caserío de una villa que aún no había recuperado la población que llegó a tener antes de las grandes crisis del siglo XVII. Cobijados en 621 fuegos, tres conventos y dos hospitales, vivían en Peñafiel poco más de 2600 habitantes (3).

A la vista del burgalés se extendían las 9100 obradas del término de la villa (4). Los cultivos comenzaban al pie de sus murallas, e incluso ocupaban algunos solares del espacio urbano por ellas protegido, incluyendo algún sembrado en la falda de la colina del castillo; después se extendían por la vega de tres ríos, las cuestas y torrenteras que estos habían escavado a lo largo del tiempo y los páramos sobre los que parecía navegar la fortaleza. La vid había comenzado a relucir como Dios manda por la Cruz de Mayo, el cereal estaba ya crecido y las hierbas disimulaban el descanso de año y vez de los barbechos. No obstante, el dominio del verde era interrumpido con cierta frecuencia por el blanquear de los labios y cimas de las vaguadas (que iban perdiendo fertilidad desde las arcillas, margas y areniscas de sus bases a las margas yesíferas de sus niveles superiores), por el

amarillento de los arenales yermos y por las franjas parduzcas de los caminos y cañadas (5).

Tenía frente a él las 900 obradas del Pinar de San Pablo y otras 260 de un arenal anexo repoblado por el Ayuntamiento con pinos jóvenes. A estos arbolados se podían añadir los almares y olmeras que culebreaban por las riberas del Duero y del Duratón, y algunos plantíos de árboles frutales, desordenados entre cereales y viñedos de vega y cuesta. Los débiles suelos de los páramos aparecían ya totalmente roturados y el bosque de robles y encinas más cercano se vislumbraba a lo lejos en la vega, a media legua de distancia. En cuanto al pasto, solo el barbecho parecía de aprovechamiento accesible para el ganado en esa época del año. A pesar de la belleza del paisaje, el burgalés, que se había acostumbrado a estudiar posibilidades de mejora en todo lo que veía, pensó: “Mucho cultivo y poco árbol; podrían ocupar con pinos los otros arenales que se ven y las partes altas de las cuestas. Poco árbol, poco pasto y difícil aprovechamiento del bosque para la mayoría” (6).



Los árboles de ribera podían contarse entre los escasos rendimientos que se obtenían de las aguas de los ríos de Peñafiel (foto C. Calvo)

Bajó del guindo nuestro viajero para percatarse de que, pese a los dos ríos y medio que cruzaban el término de Peñafiel, el regadío era casi inexistente: “No nos ha dotado la providencia de cauces caudalosos que permitan como en otras tierras los grandes canales y el curso fácil de las mercancías –gruñó para sus adentros–, pero al menos podríamos aprovechar el agua que tenemos”. Y es que, efectivamente, interrumpiendo el secano y los viñedos, solo pudo localizar algunas parcelas de regadío cercanas a la población (huertas, mimbreras y algún cañamar) que eran surtidas de agua por norias, charcas más o menos permanentes o los regue-

ros de fácil extracción que a veces permitía el arroyo Botijas en la vega de Carrovejas (7).



Ya a mediados del siglo XVIII, la gran extensión de la viña incrementaba substancialmente la rentabilidad de la agricultura en Peñafiel (foto J. Solís)

Don Jesús había catado en su tierra el vino de Peñafiel y aun así no dejó de maravillarle la gran porción de suelo que ocupaba el viñedo, casi equiparable a la dedicada al cereal, que además dejaba en barbecho cada año la mitad de su extensión (8). Extendían las viñas sus dominios por tierras de mediana calidad de vega y cuesta, pero no parecían gustar de las inclemencias del páramo. En su paseo previo por la villa, el burgalés se había interesado por algunos pormenores de la actividades de sus habitantes; así pudo enterarse de que ningún mercader de Peñafiel se dedicaba a la exportación de los vinos de la zona y por ello pudo ahora, a la vista de tanta cepa, dar suelta de nuevo a sus cavilaciones reformistas y quejarse a solas, casi en voz alta, del poco afán emprendedor de los habitantes de aquella Castilla amurallada y somnolienta: “Ni mercaderes que saquen ganancias del comercio del vino al por mayor ni industrias de esos aguardientes cuya exportación tanto provecho da en otras partes...”.



Los cereales, que ocupaban más de la mitad de la tierra cultivada, se sembraban en año y vez (foto C. Calvo)

El cereal, por su parte, tenía una distribución más uniforme: era el señor de las llanuras

altas, se aprovechaba de las mejores tierras de la vega y se aventuraba en aquellas zonas de cuesta donde el desnivel permitía su cultivo (9). No supo distinguir desde las alturas las diversas variedades del grano según los diferentes tonos de verde que cada una ofrecía (10), pero sí vislumbró aquí y allá, en el secano de peor calidad, alguna parcela de leguminosas.

En cuanto a las distancias, el binomio de grano y viña estaba presente desde los alrededores de la población hasta los confines del término. Las pocas parcelas de huertas y frutales buscaban mayormente las cercanías del pueblo y los alamares y olmedas, por su parte, se acercaban al pueblo y se alejaban de él siguiendo, como es lógico, los cauces del Duratón y del Duero.

Dejó resbalar una vez más don Jesús la mirada por el paisaje antes de decidirse a iniciar el descenso por la angosta escalera que le había llevado a su atalaya; pero no se relajó con el ajedrezado del campo: “Demasiadas parcelas, y demasiado pequeñas...; así se pierde eficacia en el laboreo”, rumió meneando la cabeza el burgalés (11). Se acordó entonces del alfarero al que había visto abandonar el taller a lomos de un borrico y armado de una azada mientras su mujer y un muchacho se afanaban en colocar cuidadosamente en un rincón cántaros y botijos, quizás seleccionándolos para un puesto de venta en la feria ya próxima. Se lo imaginó quitando malas hierbas en alguno de los minúsculos majuelos que aquí y allá se mostraban, orgullosos de subsistir en su pequeñez (12).

En medio del campo, a la altura de una casa aislada, vio a un campesino que avanzaba hacia la villa por un camino; tiraba del ronzal de un mulo cargado de mimbres (13). También pudo ver algún palomar y, aquí y allá, pequeñas agrupaciones de colmenas (14). Localizó algunos molinos (15) y tres puentes en los ríos (uno en la ribera del Valdobar, otro que permitía pasar desde el casco viejo al ensanche del mercado y un tercero sobre el Duero), se fijó por primera vez en el platear de una pequeña balsa que había en una huerta al lado del Duero, seguramente depósito de pesca, y, por más que miró, no encontró ninguna parcela en perdido por desidia (16). “Son laboriosos estos peñafilenses”, se dijo, no sin notar un cierto pinchazo de decep-

ción al no poder formular ningún reproche en este aspecto.

LOS DATOS

(Nota previa) Evitaremos citas repetidas anunciando desde el principio que nuestras cifras y argumentos se basarán en: Calvo Alonso, C., *Las fuerzas productivas de Peñafiel a mediados del siglo XVIII a través del Catastro de Ensenada*, Universidad de Barcelona, Barcelona, 1987. Tesis de licenciatura inédita, Martínez Shaw, C. (Dir.). [Hay copias mecanografiadas de esta "tesina" depositadas en la sede de la Asociación Cultural Torre del Agua de Peñafiel y en la biblioteca pública de la villa].

(1) No es demasiado fantasioso, aunque sí relajado en la cronología, el que Don Jesús encontrase derruidas y chamuscadas las puertas del castillo; existe una ejecutoria de 1776 de la Cancillería de Valladolid sobre el pleito que el Duque de Osuna seguía contra Francisco Álvarez y otros vecinos de Peñafiel por la quema de dichas puertas. *A.H.N, Osuna, 386-14*.

(2) No eran infundados los temores de nuestro viajero. La elaboración del llamado Catastro de Ensenada en todos sus niveles significó una de las empresas estadísticas más importantes del Antiguo Régimen y nos legó una fuente histórica imprescindible para el estudio del siglo XVIII peninsular. Pero sus resultados no llegaron a tener efectos fiscales prácticos; las trabas y resistencias que encontró su puesta en marcha hicieron que Carlos III, medroso de cambios y reformas después del Motín de Esquilache, acabara por abandonar el proyecto de Única Contribución. El fracaso de aquella ambiciosa reforma fiscal podría considerarse como un símbolo de la debilidad de las reformas ilustradas ante el poderío que el feudalismo tardío conservaba en la Corona de Castilla.

El estudio básico de referencia sobre los avatares del proyecto estrella del marqués de la Ensenada, sigue siendo: Matilla Tascón, A., *La Única Contribución y el Catastro de Ensenada*, Madrid, 1947. Para encuadrar el catastro en el marco de las reformas fiscales del siglo XVIII español puede consultarse: Calvo Alonso, C., *El Catastro de Ensenada, proyecto de única contribución en la Corona de Castilla*. [Segura i Mas, A. (coord.), *El catastro en España 1714-1906*, Cen-

tro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria, Madrid, 1988]. Sobre la utilización del Catastro de Ensenada como fuente para el estudio de la historia local: Calvo, C., *El Catastro de Ensenada como fuente para el estudio de las fuerzas productivas locales a mediados del siglo XVIII*. [Martínez Shaw, C. (Edit.), *Historia moderna, historia en construcción. Sociedad, política e instituciones*, Milenio Editorial, Lleida, 1999].



Los Libros Maestros del Catastro de Ensenada describían detalladamente todas las parcelas que mostraba el paisaje agrario de cada localidad

(3) Conscientes de lo puntillosos que son los eruditos con sus cifras, intentaremos explicar de dónde salen esos 2.600 habitantes que atribuimos al Peñafiel de 1752. Los "Libros Maestros" y los "Vecindarios" del Catastro" presentan en el apartado demográfico una concordancia que nos permiten otorgarles una gran fiabilidad. Ahora bien, nosotros fuimos incapaces de encontrar el "Vecindario de Clérigos del Catastro" de Peñafiel, así que solo podemos dar por seguras las 2450 personas, contadas una por una, que habitaban los 595 hogares regidos por laicos de diversa condición. Si les añadimos los 27 clérigos cabezas de familia y los 69 frailes y monjas que vivían en los tres conventos de la villa, –demasiadas sotanas, pensaría nuestro viajero ilustrado–, nos sale un total de 2546 residentes. No nos descuidemos de los familiares y acompañantes que podían tener a su cargo los clérigos (el coeficiente multiplicativo en Medina de Rioseco era para ellos de 3,3 habitantes por hogar) ni de los criados de los conventos. Juntémoslos a todos debajo del castillo y llegaremos a la conclusión de que Peñafiel estaba poblado en 1752 por un mínimo de 2600 almas, a razón de unos 4,2 residentes por hogar. Para obtener más noticias sobre las estructuras demográficas del Peñafiel de 1750 se puede consultar: Calvo, C., *La estructura familiar peña-*

fielense en el siglo XVIII a través del Catastro de Ensenada, Programa de fiestas, Peñafiel, 1981 (hay que advertir que el artículo se publicó mal paginado y apareció como segunda página la que tenía que ir en cuarto lugar. Nadie nos ha manifestado hasta la fecha su extrañeza ante tal desorden de contenidos; cosas del agosto peña-fielense...)

(4) Nos parecen pocas las 7000 obradas que citan las “Respuestas Generales”. A nosotros nos salen 7499 obradas de tierra útil, y a ellas habría que añadir las 1598 medidas de tierra improductiva que calcularon los peritos. Con estos datos, la tierra yerma de Peñafiel ocuparía un considerable 17,6% de la superficie total, entre el 14,8% que los “Mapas Generales” atribuyen a la Provincia de Valladolid y el 22,4 que se calcula para toda la Corona de Castilla. De dar por buenas las estimaciones de las “Respuestas Generales”, contemplaríamos un poco justificable 22,8% de tierra yerma.

En general, las “Respuestas Generales” del Catastro permiten al investigador consultas relativamente fáciles, muy útiles para abarcar estudios amplios; pero, a nuestro juicio, el estudio más preciso de los entornos locales del XVIII necesita contar con las descripciones detalladas que hacen los “Libros Maestros” del Catastro.

En lo que toca a la superficie total del término de Peñafiel, a la mayor fiabilidad de la descripción y contabilidad pormenorizada de las parcelas añadiríamos la consideración de que, ante las fuentes de origen fiscal, los historiadores tienden a preferir los números más altos (no suele ser normal, ni siquiera en Peñafiel, presumir de riquezas cuando contestamos a las preguntas de la Hacienda Pública).

(5) Anotemos: 6339 obradas de tierra labrantía (incluidas en ellas 23 obradas de frutales y otras 23 de árboles de ribera), 1160 obradas de pinares y 1598 obradas de tierra yerma, vistas en la nota anterior.

(6) Un 70% de la tierra del término estaba dedicada al cultivo, y menos de un 13% al bosque. Mucha proporción de cultivo, efectivamente, comparada con el 57% que presentaba la provincia de Valladolid y el 46% de toda la Corona de Castilla. En términos modernos podríamos hablar de desequilibrio ecológico, en parte relativizado por el hecho de que Peñafiel, fuera o en

los límites de su “ruedo”, compartía “...con las villas eximias y lugares de su tierra. Y así mismo [...] con la villa de Cuellar...” 9328 obradas de bosques de pinos, encinas, robles y enebros. Pero seguramente tenía razón el viajero al suponer que la distancia haría difícil el aprovechamiento de los montes (recogida de leña, carbonería, caza...)

También la tenía al suponer que los pastos disponibles no daban para mucho rebaño; se puede comprobar al estudiar los datos que sobre la ganadería proporciona el Catastro. No ocupándonos de ellos en esta exposición, conformémonos con añadir que la relación entre el terreno cultivado y las 2750 cabezas de ganado ovino que censan los “Libros Maestros” no cumplía ni de lejos con los parámetros recomendados por los expertos de la época (100 o más cabezas por cada 50 fanegas en cultivo). Anotemos además que la dehesa más próxima, perteneciente al Cabildo de la Catedral (Dehesa de los Canónigos), se encontraba por tierras de Pesquera, y que las ovejas de la villa no pastaban fuera de su término.

(7) Pese a su alto rendimiento económico, las huertas solo ocupaban el 0,8% de la tierra cultivada.

(8) Los “Libros Maestros” nos permiten sumar 3494 obradas de cereal, labradas en año y vez (55,2% de la tierra cultivada), frente a 2754 de viñedo (43,4% del terreno en cultivo).



Los débiles suelos de los páramos cercanos a la Villa se encontraban ya totalmente roturados en 1752 (foto C. Calvo)

(9) Cuando abordamos el estudio de la distribución topográfica de los cultivos, nos encontramos ante la dificultad de que gran parte de los nombres de los pagos registrados en el Catastro no eran conocidos por los labradores actuales; no obstante, pudimos trabajar con una

lista de términos actuales que abarcaba a más del 30% de las denominaciones que aparecen en los “Libros Maestros”; nos parece suficiente muestra para fijar la mirada de nuestro viajero.

Así, nos sale que el 55,3% de los viñedos estaban en la vega, el 33,9% en las cuestas y el 10,8% en el páramo. Por lo que respecta al cereal, tendríamos un 35,9% en la vega, un 26,8% en las cuestas y un 37,3% en el páramo.

En cuanto a la calidad de la tierra, el 20,5% del trigo y la cebada se sembraba en las mejores parcelas y el 79,5% ocupaba terrenos de segunda calidad; el centeno y la avena se sembraban en su totalidad en tierras de tercera categoría. Había pocas cepas en terreno excelente (4,3% del viñedo); no eran extrañas en terrenos medianos (37%), pero se cultivaban sobre todo en tierras de tercera calidad (58,7%). Quiere esto decir que la viña, cultivo muy rentable, elevaba muy considerablemente el rendimiento de la agricultura de Peñafiel al ocupar terrenos que en otras zonas hubiesen estado destinados a labranzas de baja productividad.

(10) No supo distinguir el viajero las diferentes clases de cereales que verdeaban en el campo y nosotros casi tampoco. Los “Libros Maestros” del Catastro nos fallan esta vez al no describir ninguna parcela sembrada de cebada o de avena. Las “Respuestas Generales” sí nos hablan de la presencia de los cuatro cereales tradicionales de la zona, aunque las proporciones que presentan en la distribución de cultivos podrían ser de nuevo poco fiables ya que comienzan por calcular 2148 obradas dedicadas al grano donde nosotros, parcela a parcela, hemos sumado más de 3.400.

De nuestras 3400 medidas, dos tercios corresponderían al centeno, sembrado como ya hemos dicho en terrenos de menor calidad, y el tercio restante al trigo, que ocupaba tierras de primera y segunda categoría. Pero ambas denominaciones debieron ser genéricas para denominar el cereal que ocupaba habitualmente cada parcela censada, aunque algún año se cultivara en ella la cebada o la avena. Según los datos de las “Respuestas Generales”, en tierras de trigo podría encontrarse de vez en cuando cebada (entre tres o cuatro veces más trigo que cebada) y sembrarse avena en superficie de centeno (seis veces más centeno que avena).

Hemos consultado también el “Libro del Mayor Hacendado” del Catastro, que recoge las extensiones de terreno cultivadas por los propietarios más ricos de cada zona. Si fuesen generalizables los datos que este documento ofrece para el entorno de Peñafiel, se mantendría la proporción entre el trigo y la cebada, pero llegaríamos a la arriesgada suposición de que el centeno ocuparía también el triple de obradas que la avena. Seamos, pues, prudentes al sacar conclusiones: dos grupos de cereales: “trigo-cebada” (tres veces más trigo que cebada) y “centeno-avena” (mucho más centeno que avena).

(11) El campo de Peñafiel estaba, efectivamente, muy fragmentado, como lo ha estado hasta la concentración parcelaria realizada a finales del siglo pasado. 3790 parcelas ocupaban las 6339 obradas cultivadas; la media de superficie era, por tanto, de 1,67 obradas por parcela (2 obradas para el cereal, 1,4 para las viñas, 1 para los frutales y 0,8 para las pocas huertas). Sólo 7 parcelas pasaban de las 10 obradas (cinco de cereal y dos de viñedo) y había una de secano, excepcional, que ocupaba 262 medidas. Los terrenos más pequeños podían tener literalmente “algunas cepas” o “una superficie insignificante”.

(12) En rigor, no debería aparecer este cantarero en una descripción del paisaje agrario; pero no hemos resistido la tentación de sugerir gráficamente que el viñedo, además de muy parcelado, estaba también muy repartido. Abundaban en Peñafiel los hogares “no labradores” que poseían algún majuelo en propiedad. Para el caso concreto de los artesanos y su compatibilidad con el trabajo agrícola, ver: Calvo Alonso, C., “Estructuras en la producción artesanal peñafileense en la mitad del siglo XVIII”, Programa de fiestas, Peñafiel, 1982.

(13) Abundaba el ganado asnal, bastante repartido por las casas de labradores y jornaleros y, en cuanto a la opción entre bueyes o mulos para el laboreo, en Peñafiel se optaba por estos últimos, más rápidos, resistentes (más funcionales diríamos en términos actuales) y adecuados para los suelos relativamente sueltos del término.

(14) 7 palomares y 224 colmenas, según los “Libros Maestros”. En la “Respuestas Generales”

se habla de 164 colmenas agrupadas en 28 colmenares.

(15) Un batán y 7 molinos (uno de ellos sobre el Duero) que sumaban 24 ruedas entre todos.

(16) Se hubiera ahorrado el resquemor el burgalés de haber mirado más detenidamente, pues sí había una pequeña parcela de media obrada “inculta por desidia”

EN CONCLUSIÓN

El paisaje agrario de Peñafiel a mediados del siglo XVIII nos muestra un campo muy roturado. Pese a ello, la relación entre habitantes y superficie labrada era baja (3,63 medidas/habitante en Peñafiel frente a 5,85 medidas/habitante para el total de la Corona de Castilla); tampoco era alta la relación entre producción de trigo y habitantes, índice muy usado por los demógrafos (1,07 fanegas/habitante para Peñafiel frente a 1 fanega+11 celemines/habitante en el señorío de Buitrago, zona menos labradora). No obstante, el cultivo en “año y vez” y la inusual presencia del viñedo, ocupando parcelas que en otras tierras sería de pan, podrían hacernos relativizar las primeras impresiones. Recordemos, además, que la villa, como centro comarcal, daba cobijo a un considerable sector de población poco labradora, y habría de ser importadora de productos agrícolas y exportadora de producción artesanal y servicios civiles y religiosos. Dicho esto, es incuestionable que en Peñafiel, hacia 1752, había una proporción de tierra yerma bastante alta, y se cultivaba prácticamente toda la superficie agraria susceptible de ser cultivada, y eso es signo de presión demográfica.

En estas circunstancias, no es raro que el paisaje se encontrara francamente desequilibrado. La roturación hacía difícil la existencia de una apreciable cabaña ganadera que acrecentara la fertilidad del campo, y casi había desterrado los bosques hasta los confines del término. La repoblación con pinos ya había comenzado sobre algunos arenales yermos, pero los aprovechamientos forestales debían ser todavía poco accesibles para la mayoría de la población.

Pero la presión de la arada sobre la tierra no se traducían en la búsqueda del cultivo intensivo o, más concretamente, en la extensión del regadío; alguna charca, pocas norias y algún desvío ocasional del agua del Botijas significaban muy poco en comparación con lo que las aguas del Duero y el Duratón podían ofrecer.

A la vez, las posibles mejoras agrarias habían de verse dificultadas por la excesiva fragmentación del paisaje; el campo de Peñafiel estaba fracturado en pequeñas parcelas, a veces microparcelas, que mermarían mucho la eficacia del trabajo en el campo.



En 1752 los pinos solo ocupaban el Pinar de San Pablo y algún arenal anexo recién repoblado (foto C. Calvo)

Finalmente, creemos que el rasgo más definitivo del paisaje agrario de Peñafiel era la gran extensión del viñedo. En el ruedo de la villa, la monotonía tónica de las llanuras cerealistas castellanas daba paso al binomio vid-cereal. En nuestro análisis de las fuerzas productivas de Peñafiel mediante el Catastro de Ensenada intentábamos demostrar la existencia de una sociedad relativamente equilibrada en la modestia y la inercia. Explicábamos que en esta estabilidad jugaba un gran papel la viña, cultivo que aumenta sustancialmente la renta agrícola y la reparte con eficacia en forma de masa salarial.

Pero hipótesis amplias sobre la situación general de una sociedad precisan de la presentación de datos más amplios que los que pudo extraer nuestro viajero burgalés al echar un vistazo al paisaje agrario de Peñafiel durante su visita en 1752. Queden esa presentación para otros ratos. Don Jesús de Tejero y Solís y yo hemos abusado ya bastante por hoy de la paciencia del lector.